

El diablo

4.

Desde mi más tierna infancia, he oído hablar del Diablo. Y esta figura ha aparecido incontables veces en mis lecturas. Desde la adolescencia, mis lecturas son totalmente al azar; en ellas, el Diablo ha variado; son demonios de diversas clases y diablillos diversos los que los escritores describen. Desde el Monstruo de Dante a Mefistófeles, desde el trágico humanoide de Milton al Leviatán o a los Diablos Cojuelos, literariamente el Diablo es un recurso excelente y amenísimo. Antes de mi adolescencia, unos sabios predicadores del Colegio de Jesuitas, se esforzaban por familiarizarme con el Diablo, del cual, con todo fervor, me contaron enormes cantidades de hazañas y al cual injuriaban con expresiones terribles.

Yo no recuerdo nada de mi infancia, pero, por lo que me contaron mis mayores, y examinando unas curiosas fotos de un niño gordito y fortíflón que aseguran fui yo, presumo que nací con una profunda vocación de linfático egocéntrico. Digo esto para explicarme a mí mismo el hecho de que nunca pude tomar en serio al Diablo. Las diablerías del Diablo siempre me parecieron poca cosa, aventurillas escasamente dignas de un rentista de mal humor. Hace poco leí que el Diablo (cristiano) había sido "el primer exiliado político" y esto no me hizo ni gracia siquiera.

Racionalmente, el Diablo es una figura mitológica interesante. Como creencia, establecí al menos desde los doce años, es una muestra de mal gusto.

Me dejan igualmente indiferente las ninfas o los sátiros, pero al menos muestran un imaginador con gracia. Y desde que los psiquiatras han establecido como primer síntoma decisivo de desequilibrio el "oír voces", sean las que sean, el Diablo es creencia sujeta a tratamiento.

Es curioso que en la religión mosaica no hay Diablo; hay "mi" Dios, es el que vale y luego los Dioses de los demás, que no valen.

El paganismo griego pobló de "daimones" el mundo sub-lunar



Constantino Láscaris

y los hizo muy humanos. Los Padres de la Iglesia, que creían que el mundo, los demonios y la carne son malos, pero que les gustaban, los resumieron en el Tentador, el Diablo. Personalmente, desde mi infancia, me extrañó que tomaran tan en serio los demonios griegos, y tan a mal siendo tan simpáticos; comprendí que les resultase aburrido el mundo "con sus pompas y vanidades", aunque las copiaban a maravilla; pero lo que nunca pude entender era que les cayese mal la carne. Recuerdo haber preguntado en clase de catecismo qué enfermedad era ésa de hacer mal la carne, y me quedé todavía más confuso al oír explicarme que no se trataba de la carne de vaca o de cordero, sino de las mujeres. Fue mi primera clase de educación sexual. Desde entonces, veía a las mujeres y pensaba en filetes asados, los cuales, por cierto, no me parecían nada repugnantes, bien cocinados. Hasta que un día, experimentalmente, me di cuenta de que podía besar la "carne" cruda, al natural, sin tener que tragarla, ya que resultaba bastante agradable. Desde entonces clasificué al Diablo de la Carne como una simple muestra de mal gusto.

De todos los diablillos conocidos por los teólogos y desconocidos por los historiadores, el más simpático es Mefistófeles, la Gran Serpiente, el ser más atento servidor de las sevicias humanas, que por cierto nació en el siglo XVI, para poder explicar los progresos de la ingeniería moderna (explicar a los negados de cerebro, claro está).

Estas consideraciones son importantísimas para poder explicar el gran fracaso teológico

que constituyó mi segundo viaje a Los Chiles.

Recordará el paciente lector que el proyecto de viaje culminaba en "La Gloria". Tenía planeado el pescar en La Gloria un Viernes Santo un pez-diablo.

Es superstición bastante extendida que en Viernes Santo, al que trabaja, se le aparece el Diablo. Claro que mucha gente lo teme y para evitarlo, deja de trabajar desde mucho antes... especialmente los empleados públicos, que disfrutamos del patrono más complaciente. Pues bien, un resto de mi educación infantil me hizo tratar de tomar en serio al Diablo por una vez. No esperar que se apareciera por su gusto, sino atraparle. Esto lo han intentado muchos, utilizando métodos variados desde la pobre estrella de cinco puntas, los dientes de ahorcado, el credo al revés, el gallo negro, etc. No creo que lo hayan logrado, y por ello yo decidí usar cebos más consistentes: lombrices e hígado de buey, ornando un anzuelo.

Todo el plan fracasó. No llegamos a "La Gloria" y tuvimos que pasar el Viernes Santo detrás de simpáticos gaspares, en lugar de acechar a repelentes peces-diablos.

Mi interés era estrictamente teológico. He oído hablar del pez-diablo, aunque no lo he visto. De las descripciones, he sacado la conclusión de que su nombre se debe a "que parece un hombre" y por esto repugna.

Lamento no haber podido probar la carne del Diablo (que no es lo mismo que el diablo de la carne).

Como me relamía de gusto pensando en comer, en La Gloria, un pez-diablo bien asado! Era la realización de toda mi rebeldía infantil de mal alumno. Y al mismo tiempo, era totalmente ortodoxo, pues comería pescado y no carne.

Pero por lo visto el Diablo es más listo de lo que yo creía: No me dejó llegar a La Gloria. O será que no le gustan las lombrices. El año que viene hará otro intento.